

A propósito de *Décimo Grado**

About tenth grade

Sobre o décimo grau

Juan Camilo Jaramillo

* Este texto fue incluido como nota del autor, en la novela *Décimo Grado: un salto al vacío*, Intermedio Editores, Primera edición, diciembre de 2008 (ISBN: 978-958-709-801-3).

Juan Camilo Jaramillo¹

¹. Comunicación Social, Universidad Externado de Colombia. Asesor de la Rectoría, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Correo electrónico: juancaj1954@gmail.com

Fecha de recepción: 18 de julio de 2018 / Fecha de aprobación: 26 de septiembre de 2018

Resumen

El texto expone la íntima relación del autor y sus experiencias alrededor de la creación y producción de la serie de televisión colombiana "Décimo Grado", que marcó un hito en el tratamiento de los temas juveniles y su vínculo con la educación durante los años ochenta. El tono es personal y permite al lector acercarse a lo íntimo de trabajar con los temas educativos.

Palabras clave: Décimo grado, televisión colombiana, educación y televisión, pedagogía desde los medios.

Abstract

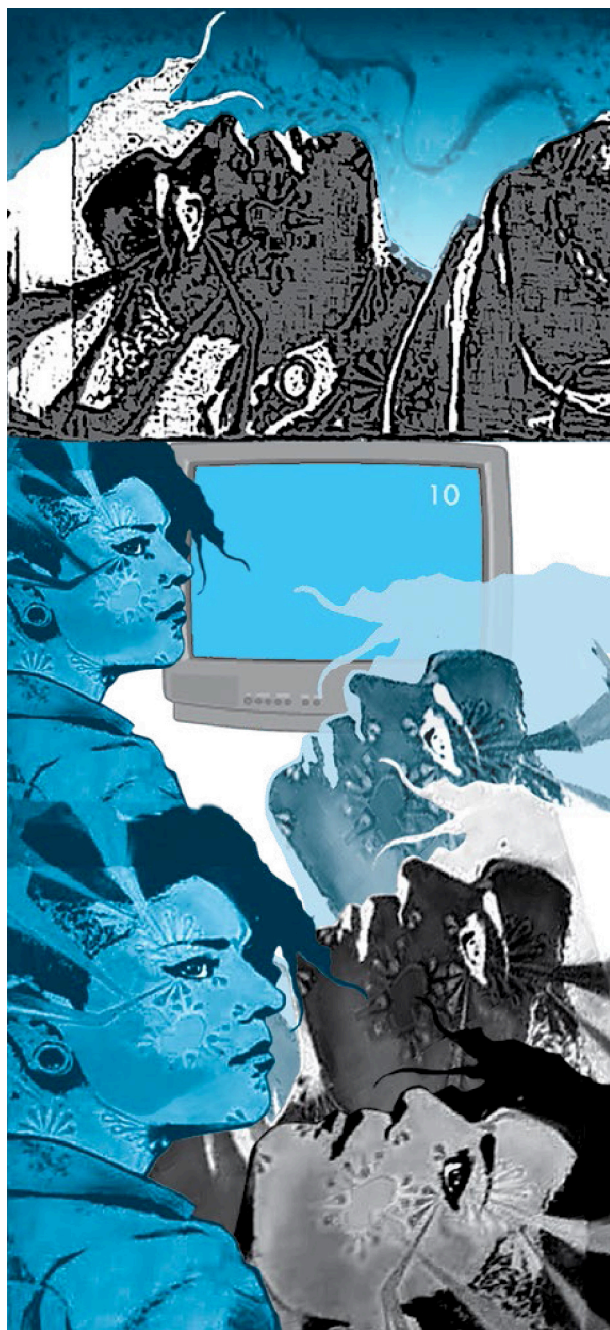
This text exposes the author's intimate relationship with his experiences around creation and production of the Colombian television program "Tenth Grade", which marked a milestone in the treatment of youth issues and its link to education during the eighties. The tone is personal and allows the reader to approach the intimacy of working with the educational issues.

Keywords: Tenth grade, Colombian television, education and television, pedagogy from the media.

Resumo

O texto expõe a relação íntima do autor e suas experiências em torno da criação e produção da série televisiva "Décimo Grau" colombiano, que marcou um marco no tratamento de questões da juventude e sua ligação com a educação durante o oitenta. O tom é pessoal e permite ao leitor para abordar a intimidade de trabalhar com as questões educacionais.

Palavras-chave: décima série, televisão Colombiana, educação e televisão, pedagogia da mídia.



Décimo Grado fue una serie de televisión episódica, nunca tuvo un gran argumento que se desarrollara en forma novelada; su estructura narrativa seguía el modelo de las series televisivas internacionales de la época, manejaba personajes con relaciones más o menos esquemáticas y proponía en cada capítulo un conflicto central que se resolvía en el transcurso del episodio o, en ocasiones especiales, durante dos partes, el famoso: “Esta historia continuará”, tan frustrante para el televidente de entonces. Hoy ese modelo prácticamente ha desaparecido, para dar paso a otros formatos como la serie por temporadas, la telenovela o la miniserie, que se caracterizan por desarrollar en varios capítulos un argumento con planteamiento, nudo y desenlace.

En la navidad de 1985, el entonces gerente de Cenpro Televisión, José Bernardo Toro, me propuso el reto de escribir una serie para televisión y me planteó cuatro ambientes posibles para desarrollar la historia: una parroquia de barrio, una plaza de mercado, las aventuras de un camionero o un colegio.

Escogí el último por tres razones básicas:

La primera, el hecho de que mi madre fue fundadora y rectora, por espacio de veinticuatro años, del Colegio Santa María de los Ángeles, y durante buena parte de mi infancia viví en las instalaciones de ese colegio en el barrio Belén de Medellín, en una enorme casa finca que permitía mantener separado nuestro hogar de las aulas y las oficinas administrativas; así que conocía muy bien la mecánica interna de un colegio y las situaciones cotidianas que suceden en él; toda mi adolescencia estuve cerca a la manera como fueron evolucionando en el tiempo los conflictos y situaciones propias de la vida escolar.

La segunda, mi admiración por el educador, a quien debo buena parte de lo que soy, don Héctor Jaramillo Muñoz, cuyo nombre real respeté en esta historia como un sencillo homenaje a su memoria. Rector del Liceo San Rafael de la parroquia de Belén, don Héctor acostumbraba sentarse a discutir con nosotros, los estudiantes, por el puro placer de argumentar; el salón donde dictaba su clase de literatura estaba decorado con frases como: “Esta es una universidad de bachillerato”; “El sustantivo el ser, el verbo el proceso”, o la que

más me gustaba “El mundo es un inmenso escenario donde la obra tiene un pésimo reparto”, del impredecible Oscar Wilde. Tenía una visión de la educación que inspiró la creación de don Rafael y que me he permitido resumir en una frase: “La labor del educador es formar sus propios interlocutores, personas con las cuales se pueda conversar de igual a igual, que miren de frente a los ojos y hablen con franqueza porque son libres, autónomas y con criterio”.

Y la tercera, que yo mismo había sido profesor en la secundaria y creía conocer el alma de los adolescentes.

En la navidad de ese año me dediqué a construir las bases dramáticas de la serie, haciendo juegos simbólicos solamente comprensibles para mí, como darle al personaje central el nombre del Liceo donde estudié parte de mi bachillerato; indagar en la historia bíblica hasta encontrar la clave dramática que le dio origen a la creación de Asmodeo, el antagonista; crear a Merizalde a partir del recuerdo de un compañero de mis primeros años de secundaria y, sobre todo, proponer como fuente de hipótesis dramática la confrontación entre una manera tradicional y autoritaria de entender la educación y otra, que no correspondía a ninguna escuela pedagógica específica, pero se fundaba en las convicciones de una personalidad democrática y abierta al diálogo. Mi primer borrador llevaba como título: “Salto al vacío”.

A partir de allí Décimo Grado fue una historia construida en forma colectiva; los primeros aportes vinieron del mismo Bernardo Toro y de la productora ejecutiva de la serie, Clara Marcela Barona de Ayerbe, quienes fueron responsables, entre otras decisiones cruciales, del nombre con el que finalmente salió al aire. A ellos se debe, y esto quizás fue lo más importante, la conformación de una dupla de libretistas, formula que la televisión colombiana ha seguido explotando con éxito, gracias a la cual se vinculó al proyecto como co-libretista un amigo de adolescencia, deliciosamente creativo, dueño de un humor maravilloso y con una impresionante noción de lo coloquial: Juan Guillermo Isaza, tan dueño de la paternidad de Décimo Grado como yo mismo. A él se debe el tono fresco y juguetón de la serie, me enseñó a escribir diálogos cotidianos y a no darme tanta importancia como autor, para permitirles a los personajes que existieran por sí mismos.

Escribimos a cuatro manos los libretos de Décimo Grado durante casi tres años, luego me hice a un lado para emprender otros proyectos y él permaneció al frente de la historia, cuidando de ella. Pero inevitablemente sus claves personales, diferentes de las mías, y las exigencias de la producción, fueron produciendo cambios y la serie evolucionó; el colegio se volvió mixto, don Rafael salió, dando paso a una rectora y el relato fue desplazándose, del nudo

“ Y, sobre todo, proponer como fuente de hipótesis dramática la confrontación entre una manera tradicional y autoritaria de entender la educación y otra, que no correspondía a ninguna escuela pedagógica específica ”

argumental que confrontaba dos visiones de la educación, al filón inagotable de las historias de adolescentes.

“Un salto al vacío” es una novela ambientada en la primera etapa de Décimo Grado; “Un salto al vacío” habla de la enorme cantidad de muchachos cuyas vidas, interesantes y ricas en conflictos, transcurren sin enfrentar los problemas que copan los grandes titulares y son tan queridos por la industria del espectáculo. Sostengo que un gran porcentaje de los jóvenes, hombres y mujeres, no son drogadictos ni marihuaneros aunque hayan consumido marihuana o drogas alguna vez en sus vidas; no son pandilleros pese a su participación eventual en peleas o grescas callejeras; no son violadores, ni prostitutas, ni padres adolescentes, pero han tenido experiencias íntimas. Y aunque a veces abusan del licor en sus fiestas y salidas, y quizás fuman más de lo que deberían, sus historias no bordean la crónica roja, ni son truculentas, pero también merecen ser contadas.

Siguiendo, quizás, algún principio de la dramaturgia mediática o el desesperanzador axioma periodístico: “la noticia no es que un perro muerda a un hombre, sino que un hombre muerda a un perro”, nos ocupamos usualmente solo de los que transgreden comportamientos que se consideran “normales”. Y con eso, en ocasiones, hacemos tabula rasa y etiquetamos como enfermos de rabia a la inmensa mayoría que nunca mordió a un perro. Personalmente prefiero la sabia recomendación de Hitchcock, en su inolvidable conversación con Truffaut: “Un drama es una vida común y corriente, a la cual se le ha quitado las partes aburridas”. La única licencia que me tomé como concesión al lector de hoy, que nunca vio la serie, fue actualizar los códigos referenciales de la manera más sutil que pude, por ejemplo, introduciendo el teléfono celular, que ni siquiera era imaginable en ese momento.

Varias decisiones de los productores explican, desde mi punto de vista, el éxito de la serie. Es difícil mencionarlas todas, pero algunas de ellas fueron tan importantes, que sería injusto no mencionarlas. La decisión de entregar la dirección del seriado al desaparecido actor y director Jorge Emilio Salazar. El primer candidato para

dirigirla fue el cineasta Víctor Gaviria, quien trabajó con nosotros un tiempo demasiado breve, durante el cual nos legó, sin embargo, aportes tan importantes como la creación del simpático “Paletas”. Jorge Emilio apareció cuando Víctor se cerró en que la serie debía ser grabada en Medellín, y fue el gestor del tratamiento definitivo que tuvo. Me dijo, la primera vez que hablamos: “Los realizadores, como los caballos de carreta, tenemos anteojeras que nos impiden ver la realidad. Nos molestamos porque se cruza en el campo visual un vendedor de helados con su carrito musical, cuando esa es la realidad que debemos atrapar con nuestra cámara”. Jorge Emilio tomó la decisión de no grabar la serie en estudio, lo cual fue innovador para la época, y decidió convocar un *casting* de actores naturales, jugándosela por un esquema desconocido hasta entonces en la televisión colombiana, que le permitió reunir un grupo de muchachos de una frescura inédita y una credibilidad a toda prueba.

La elección del antiguo claustro del Colegio Técnico de la Salle, en la Avenida Jiménez de Bogotá, a un lado de la vieja estación de la Sabana, cuya hermosa arquitectura he tratado de describir en mi relato, imprimió a la serie una personalidad propia muy cercana al imaginario del colegio que teníamos los adultos de la época. Luego, por razones de producción, la serie se trasladó a escenarios más modernos en los cuales predominaba el ladrillo y las construcciones prefabricadas, espacio que, creo, es el más presente en el recuerdo de los televidentes niños o adolescentes de entonces, porque refleja mejor el estilo que se impuso definitivamente en la arquitectura escolar de nuestro país.

La decisión de entregar la factura visual de la serie a Alfredo Tapan, director de fotografía mejicano que, entre otras cosas, antes de *Décimo Grado*, ya le había planteado a la programadora la idea de hacer una historia sobre un profesor de matemáticas. Alfredo, con su rigurosa mirada estética, le dio a la serie una calidad formal tan sólida que aún pervive en la retina de muchos televidentes

ya adultos, que en esa época disfrutaron y le dieron a la serie el espaldarazo de contar con una audiencia importante en un horario imposible: domingo a las cinco de la tarde.

La elección, de común acuerdo con el director, de Alejandro Buenaventura en el rol de don Rafael, un actor que supo personificar la ilusión y el ideal del educador de los nuevos tiempos. Muchas veces me encontré con televidentes desprevenidos que juraban que las historias de la serie tenían que ser producto de la sabiduría y experiencia que él supo imprimirle a su personaje. Igualmente la selección de Edilberto Gómez, un viejo actor del teatro, como don Asmodeo. Edilberto y Asmodeo se fusionaron como un solo ser y personificaron magistralmente la eterna confrontación entre represión y libertad en la formación de los jóvenes.

Finalmente, y así he querido ordenar esta apretada remembranza por obvias razones, el factor que quizás ha tenido mayor incidencia en el hecho de que por lo menos el nombre “*Décimo Grado*” haya sobrevivido al paso del tiempo, y a la prueba de fuego de la interminable lista de series de televisión exitosas producidas en la televisión colombiana durante estos veintidós años, fue, sin duda alguna, la música de Jaime Valencia.

Jaime hacía por aquel entonces varios programas musicales para CENPRO TV, entre ellos, el recordado Disco Platino, de donde salieron muchos de los cantantes que luego hicieron historia en el país, y cuando Bernardo Toro le pidió un tema para el nuevo seriado, no solo buscó el apoyo del compositor Iván Benavides para pedirle que escribiera la letra de la canción, que aún hoy cantan los muchachos en sus promociones, sino que regaló su trabajo y compuso muchas otras canciones, unas con letras de Juan Guillermo y otras con letras mías, que le dieron a la serie el tono juvenil y moderno que supo ganarse el alma de los colombianos.



